

863
C.
PQ 6512
.C2
F5
v.3



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

33304

CAPITULO PRIMERO.

Esfuerzos inútiles y premeditadas venganzas.

El caballero Butti, herido mortalmente en el corazon por la irreparable desgracia del rapto, hallábase acostado en uno de los salones del palacio feudal de Montaperto, cercano, como sabemos, al sitio de la catástrofe, á la ciudad de Prato. Cuando vió al ginete en su albo alazan penetrar entre los grupos con audacia, erguir el cuerpo con gallardía, caracolear con donaire, creyó asistir á una de las sorpresas frecuentes en los juegos y en las fiestas de Toscana, donde los jóvenes acostumbraban á mostrar su destreza y experiencia hípicas en todas las reuniones de numerosas muchedumbres. Cuando vió que el ginete se dirigia al grupo donde estaba su hija, cuyos ojos contemplaba despues de faltarle tanto tiempo su luz, como solamente saben contemplar los padres, de piés á cabeza, se estremeció su cuerpo. Y cayó sin conocimiento ni sentido, como muerto, frio y rígido, cuando le vió inclinarse sobre el grupo que detenia á Lucrecia, y cogiéndola con fuerza, llevársela en sus brazos como el milano á la paloma en las garras. Su amor de padre, su honra de caballero, todos sus sentimientos recibieron á tal golpe una de esas heridas que tarde ó temprano dan muerte. Desde aquel horrible instante pasaba de los largos síncope en que la vida entera se apagaba como sucede en las catalepsias á los sacudimientos epilépticos en que los miembros de su cuerpo se destrozaban cual las tablas de náufraga nave, y los conceptos de su razon se perdían cual las ideas de furioso loco.

Mucho trabajo costó llevarlo desde Prato al castillo; muchos cuidados impedir que á uno de aquellos sacudimientos ó á uno de aquellos desmayos siguiese la muerte. Guido, que amaba á Lucrecia con tanta exaltacion, y que

sentía los torcedores de los celos con tanta intensidad, dióse á correr en pos del raptor, sin más advertencia ni más precaucion, que encargar á Brígida y á Gasparo, con palabra rápida y gesto imperioso, el cuidado y la atencion del pobre enfermo, primera víctima de semejante trance. Para decir cuanto pasaron el escudero y la dueña en la traslacion desde la ciudad al castillo, necesitaríanse todos los términos del encarecimiento. Unas veces creían que acababa Butti de espirar, y Brígida se deshacía así en sollozos como en lamentos y se arrancaba así los pelos como las tocas. Si de estos desmayos salía el infeliz, agitábase en convulsiones horribles. Sus nervios temblaban, crispábanse sus manos, sacudíase su cabeza como á una apoplejía, erraban sus ojos de aquí para allá, y los estremecimientos se agolpaban á su cuerpo con tanta frecuencia y tanto ímpetu, como si recibiese á cada paso y á cada instante innumerables puñaladas. Por fin, asistidos de médicos y sacerdotes, ayudados de varios domésticos del castillo, arribaron con su litera, y depusieron al moribundo en uno de los mas espaciosos salones. A la puerta de este salon, poco tiempo despues de haber llegado, departian escudero y dueña sobre las terribles tragedias de aquellos dias y sus inmediatas consecuencias.

—No hay quien pueda quitármelo de la cabeza.

Decia Brígida.

—¿Qué?

Preguntaba el buen Gasparo.

—Que ese Fra Filippo Lippi ni es pintor, ni es fraile, ni es nada sino el mismísimo diablo, venido en cuerpo y alma á este pícaro mundo, para trastornarlo y perderlo.

—¿Cree eso vuesa merced?

—¿Pues no he de creerlo? Uno de los privilegios mágicos que tiene el diablo, consiste en cambiar de formas como nosotros cambiamos de ropa. Y ya lo veis, fantasma un dia, fraile otro, pintor más tarde, por fin, caballero, no toma estos aspectos sino para intentar ó hacer alguna barrabasada. Luego, debe reconocerse y confesarse que es el mismo Barrabás con todos sus pecados y todos sus maleficios.

—No anda vuesa merced descaminada, hermana. El mundo se reduce un campo de batalla donde los ángeles buenos pelean con los malos. Por todas partes existe este combate. Ignoramos la relacion que hay entre una mala accion y el diablo, como ignoramos la relacion que hay entre el grano que madura en la cepa y el vino que fermenta en la cuba. Por todas partes se encuentra el diablo. Nosotros tenemos un alma vegetativa en el estómago, un alma animada en la sangre, un alma espiritual en la cabeza. En estas almas se entran los diablillos, como se entran los gusanos en toda corrupcion.

—Gasparo, no he visto escudero tan leído como vuesa merced. Hábleme de todas estas cosas.

—¿Leído? ¿Qué hacer? Mi amo padece de melancolías y se encierra años enteros en este panteon de su familia. Dias largos, noches más largas aun. Por mucho que trinques y tires la oreja á Jorge, te cansas de todo. Y hay que apechugar con los libracos. A la lumbre de la chimenea, á la luz del candil, en estas alturas, cuando el viento muge en los pinos, ó la lluvia sueña en las ventanas, no tienes otro remedio si no leer y releer los pergaminos.

—¿Y en ellos habrás encontrado muchas cosas del diablo?

—Vaya si he encontrado. Por estas piedras, por estas almenas, por estos adarbes, suele andar suelto.

—¿De veras?

Dijo Brígida persignándose.

—Y tan de veras.

Añadió Gasparo, persignándose tambien.

—Pues no me digas que vaya de aquí allá, ni por una taza de caldo.

—Yo, teniendo en el cinto espada, voy á todas partes, porque con su cruz ahuyento á los muertos, y con sus filos á los vivos.

—Ya sirven las cruces y las espadas cuando Luzbel se empeña en una cosa. Cuánta gente de espada y cuánta gente de cruz habia en la procesion de nuestra reliquia, ¿y qué? El diablo se burló de todo y de todos, metiéndose con sus manos lavadas en las filas de la procesion, y llevándose para su gusto y recreo lo mejor que allí habia, mi pobrecita Lucrecia.

—¡Maldito diablo! ¿Quién averiguará el cómo hace sus diabluras? La aguja mira al Norte; el girasol mira al sol; los buenos á Dios; los malos al demonio. Entre las constelaciones del cielo y las rayas de la mano existe una relacion misteriosa. Nuestro destino está escrito con rayos luminosos en el Empíreo, y con líneas cabalísticas en las palmas. Cada retina de nuestros ojos resplandece con propio resplandor, como el sol en la inmensidad. Entre nuestras pupilas y los planetas existen las mismas armonías que entre la tierra y la luna, ese astro de místicas y profundísimas miradas. El astrólogo oye lo que dicen los astros rodando sobre sus ejes de oro, como el zahorí ve lo que pasa en los senos ocultos de la tierra; el uno sigue la ruta del cometa en los abismos cerúleos, y el otro la ruta del oro en los abismos tenebrosos. Tengo un amigo que deletrea las frases compuestas por la vía láctea, para designar el destino de cada uno de nosotros, y que adivina el sexo de las criaturas cuando acaban de ser concebidas en el vientre de su madre. Pero solamente puede llegar á estas adivinanzas los miércoles y los sábados. Al par que los murciélagos se levantan en los crepúsculos, se levantan los vampiros en los infiernos, y vienen á chupar la sangre de nuestras venas, como la lechuza suele chupar el aceite de las lámparas. En el cementerio de este castillo hánse muchas veces levantado de su fosa los escuderos muertos á devorar la carne de los camaradas vivos, como los cuervos devoran los restos de los combatientes caidos en los campos de batalla.

Mil veces me hubiera sucedido á mí tal desventura, si no llevara un pedazo de grana cogido del sobaco izquierdo.

—¡Ay! ¡Dios mio! Dijo Brígida dando diente con diente. Yo me voy á morir de miedo. Santa Ursula y las once mil vírgenes; el bendito San Antonio de Padua; mi patrona Santa Margarita, valedme. Yo no he hecho mal á nadie. Mi padre, Señor San José, ha tenido siempre una lámpara por mi mano atizada delante de su bendita imágen. Prometo cincuenta partes de rosario, nueve padre-nuestros y nueve ave-marías á las nueve de la noche, si salgo en bien de esta casa donde pasan tales cosas.

—Como los espíritus angélicos aparecen precedidos de suvísima armonía que arroba nuestras almas, los espíritus diabólicos de un olorillo de azufre que hace llorar á nuestros ojos, y estornudar á nuestras narices.

—Pues ya lo creo. La tarde misma del robo, dióme un tufillo tal, que creía percibir el hedor de cien pajuelas.

—Aquí, en este panteon de mi amo, yace un Hugo de Montaperto, que padeció de caridad excesiva, hasta el punto de tomarlo las gentes por loco. Todo lo vendía para repartirlo entre los pobres. Y como no podía vender el patrimonio feudal vinculado por sus mayores en la familia, conservó estas tierras y estos castillos, donando en cambio cuanto le vino á mano, un número de rentas y de heredades capaces de enriquecer á un pueblo. En cierta ocasión se le presentó llorosa viuda, que necesitaba fundar una capellanía para su hijo único. Y no tenía el dispendiador ni un escudo. Su pobreza llegaba á tal extremo, que hacia veinticuatro horas no entraba ningun alimento en su cuerpo. ¿Sabes lo que en tal apuro se le ocurrió? Pues vender el alma al diablo, para que el diablo le diese la cantidad necesaria á socorrer al huérfano y á la viuda. Llegó su muerte y Lucifer reclamó la presa. Pero San Miguel, en pugna eterna con los ángeles malos y los infiernos, requiriendo su espada arguyó que no podía ni debía condenarse quien lograra engañar al diablo, obligándole á emplear su fuerza mágica en obra de caridad tan grande como hacer á un muchacho sacerdote, y consagrado al rescate y redencion de las almas. Consultados los teólogos del cielo, convinieron todos en la opinion del Arcángel y promulgaron una sentencia, por la cual quedaba el caritativo en las entrañas del purgatorio, hasta tanto que la persona por cuyo bien se espuso á condenarse, borrara por medio de mil misas las letras escritas con sangre en el contrato de venta, cada una de las cuales solo con cien misas, podía borrarse. Si casualmente el sacerdote no decia las misas, quedaba el infeliz privado de la bienaventuranza, no por la eternidad, como en el infierno, pero sí por un tiempo indefinido. Aquí en la tierra nada se sabia de semejante cosa, y el capellan que estaba á servicio del castillo, no se acordaba de su bienhechor mas que alguna vez en sus oraciones, y en los cabos de año.

Lastimado el cielo de tamaña desventura, dió suelta á la triste alma en pena para que viniese á la tierra y anunciase el precio de su rescate.

—¡Ay! ¡Qué miedo!

Exclamó Brígida espeluznada.

—Si vuesa merced lo viera, entonces sí que con fundamento se asustara. Un grito agudísimo, como el que dan la corneja y el buho, resonaba en el silencio de la noche. Al grito sucedía estruendo de cadenas.

—Tóqueme la frente, Gasparo, y sentirá un sudor frio como el hielo de la muerte.

Todas las casuelas y peroles de la cocina se venian á tierra. Las camas entraban en una especie de baile infernal parecido á la danza macabra, sin que nadie las moviese ni las tocara. Al rayo de una luz azufrada, danzaban legiones de brujas que se condensaban y se desvanecian por momentos como esencias vitales que no llegaran á tener ni forma ni cuerpo. Un animal fantástico, de organismo desconocido, erraba por todas partes y en todas direcciones, dando saltos, á cuyo empuje se disipaba y desvanecía al subir, mientras al bajar se reventaba como un raton aplastado. Entre estas apariciones veíanse á veces resplandores fugaces como los relámpagos y humaredas espesas como nubes, significándonos que en las regiones invisibles combatian los espíritus angélicos y los espíritus diabólicos en singular batalla. Unos sentian las obsesiones diabólicas, otros la posesion total y completa. Las brujas hendian montadas en cañas de escoba. Los endriagos rozaban nuestras frentes con sus frias é inmensas alas de murciélago. Mas de una campesina de mala vida se trasformaba en gata por haber prostituido su cuerpo.

—No me pasará eso á mí, aunque ahora mismo viniera Lucifer en persona, pues ni mas querida de amores por los demás, ni mas recatado moza por su virtud que yo se ha visto, ni se volverá á ver en toda Toscana: que vírgenes de mi hermosura y de mi temple no nacen á un dos por tres sobre esta baja tierra.

—En tales apuros, aun los menos creyentes llamaban al cura para que exorcizase. Y cuando el agua bendita caía como un rocío celeste sobre todas aquellas gentes, oíase un clamor desmayado que decia: Mil misas caritativas por el alma de aquel que se hubiera hasta condenado por caridad. Y en cuanto se dijeron las mil misas cesaron todas las apariciones, y donde antes solia oler á azufre, olió despues á rosas y jazmines y claveles y otras mil suavísimas esencias.

—Dios mio. Cómo no pudo ocurrírse nos exorcizar al ginete. Quizá de esa suerte hubiera soltado su presa. Le persiguieron, le acosaron y nadie le dió alcance. Lo que no alcanzaron ni las balas, ni los arcabuzazos, ni las culebrinas mismas de la Puerta Mercatella, quizás lo alcanzáran algunas gotas de agua bendita. Ahora puede decirse y asegurarse que nuestra buena

Lucrecia desapareció como alma que lleva el diablo. La tierra se los tragó á ambos, quizá el infierno. ¡Pobrecilla! La virtud, la castidad en persona, y profanada por ese maldito. Yo estoy segura que se habrá defendido con uñas, con dientes, con piés y con manos, sin que le haya sido posible al infame, como no la mate, arrancarle á viva fuerza la preciadísima honestidad. ¿Pero dónde estará, dónde, nuestra Lucrecia?

—El Monje no tiene rival en aventuras y en jolgorios. Aun no ha visto una mujer, cuando ya la ha sitiado. Aun no la ha sitiado, cuando ya la asalta. Aun no la ha asaltado, cuando ya la rinde. Es el primer jacarero de la comarca. Tañe como un trovador, improvisa como un juglar, monta como un caballero, pelea como un condotiero, reza como un fraile, juega como un mercader, bebe como un soldado, enamora como un tronera, salta como un gimnasta, arguye como un abogado, miente como un bellaco, predica como un dominico, mendiga como un franciscano, hiere como un salteador, y pinta como un ángel. Ese es Fra Filippo Lippi.

—Ese no es Fra Filippo Lippo, ese es el demonio.

—Será lo que vuesa merced quiera, pero á estas horas tiene por lo mismo, no digo á Lucrecia Butti, á la Lucrecia romana, blanda como un guante.

—No diga eso. Desconoce á mi ama si tal dice. Antes se caerá el sol de su asiento, que la virginidad de su cuerpo. Si quiere profanarla el maldito tendrá que herirla en el corazón y dejarla exánime, porque mientras viva, no habrá hombre que á despecho suyo se le acerque.

—¡El amor!

—¡Qué amor ni qué berenjenas!

—¿Ahora se desayuna vuesa merced de que Lucrecia amaba á Filippo?

—No diré que no.

—Pues yo los ví un minuto en la galería, y los calé en seguida.

—Doy de barato que lo ame.

—Pues si lo ama, no conozco robo más deseado. Todas las mujeres enamoradas desean que las robe su amante.

—Pero en verdad digo.....

—¿Qué?

—Que Lucrecia se ha educado en el temor á Dios.

—Una confesion y una absolucion, todo lo componen.

—Desengañese, Gasparo, desengañese, no la conoce.

—Conozco á la mujer, y me basta.

—Tales habrá tratado que le hayan esa mala idea infundido.

—¡Oh!

—Si hubiera tratado mujeres como Lucrecia, y como yo, no echara por esa boca tales disparates.

—Vamos, no venga ahora con esas. Todas, todas frágiles.

—No, no, no. Nosotras dos por lo menos somos como el hierro.

—¿Qué sabe vuesa merced? Hará cincuenta años que no.....

—Calle, deslenguado, boca de infierno, camastronazo.

—Calle, bruja.

—¡Si no mirara donde estamos, y el enfermo que tenemos á nuestro cuidado, dígole que no habia de agraviarme así!

—¿Qué ruido es ese?

Dijo una voz imperiosa.

—El amo.

Exclamaron á una Gasparo y Brígida.

—El amo extrañado del humor que teneis para armar tales grescas. Dijo Guido Montaperto.

—¡Señor!

Y una y otro bajaron profundamente la cabeza.

—Buenos estamos para fiestas.

—Perdónenos, señor.

Se arriesgó á decir Brígida.

—Para perdones estoy, cuando quisiera, como Calígula, á serme posible, cercenar de un tajo al género humano su estúpida cabeza.

—¿Qué sucede?

—¿Y me preguntais qué sucede? Pues qué ¿lo ignorais? No habeis visto como yo que desde el instante funesto parece el mismo sol una araña negra enredada de patas en esa empolvada telaraña que se denomina cielo? Si tuviérais la tristeza que yo tengo en el corazón, os parecería el Universo como me parece á mí una Necrópolis, y los mundos átomos de cenizas arrastrados por los torbellinos del acaso á la vacía Nada. ¿Que no tuviera el veneno de todas las víboras para envenenar á todos los mortales? ¿Que no tuviera los dientes y las garras de todos los tigres para devorar las entrañas de todo el género humano? El génio de la destruccion ha entrado en mi seno. Derribaría de un manotazo la tierra y apagaría de un soplo el sol. Yo, en la inmensidad, con todos los orbes extintos á mis piés, no me creeria aun satisfecho. ¡Cuánto sufro! Ninguna sed puede compararse con esta sed mia de venganza. Ningun dolor puede medirse con este dolor mio que me atenace todas las entrañas, y todas las especies de almas que llevamos en el seno. Si me hubiera vengado, ya habria desaparecido de la tierra; que por no verme y por no sentirme á mí mismo, y por no saber de mí, cosa alguna, me hubiera ya matado. Pero me queda un destino que cumplir, la satisfaccion de la divina justicia. Me queda un deseo que llenar, el deseo de mi venganza. Vengaréme aunque el mundo entero se oponga, vengaréme aunque se oponga Dios. Cuando se siente un deseo tan vivo como mi deseo, y se tiene una voluntad tan fuerte como mi voluntad, todo puede emprenderse y todo cumplirse.